



PAZ. - Una vez más, me invade una profunda tristeza cuando pienso en el estado de este mundo nuestro. Seguimos sabiendo que el mundo está lleno de pequeños y grandes conflictos armados que cuestan la vida o la integridad física y mental a miles de personas. Y sigue siendo sencillamente inconcebible que, al parecer, los seres humanos no queramos aprender nada de nuestra historia. Por eso quiero volver al versículo de Mat 5:39

«Si alguien te golpea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra».

Una sabiduría que nos irrita de inmediato. ¿Por qué tengo que sufrir el dolor dos veces y ser humillado para alcanzar la paz? - No pocos se preguntarán de qué sirve. No es más que una sabiduría que los antiguos griegos ya habían reconocido hace más de 2500 años, la de la

amnistía. Allí estaba prescrita por la ley y se llevaba a cabo en todas sus consecuencias. ¿Qué significa esto?

El pasado no puede deshacerse, como todos sabemos por experiencias a menudo dolorosas. La llamada y el deseo de venganza, de retribución y de (supuesta) justicia son fuertes. Pero, ¿cómo salir de esta espiral de abusos, asesinatos, homicidios y violencia mutua permanente? Es un dilema que ha asolado la historia de la humanidad durante milenios, y vemos el mejor ejemplo de ello en los acontecimientos de Oriente Próximo. La guerra y el sufrimiento sólo conducen a nuevas guerras y sufrimientos, un ciclo de horror que parece no tener fin.

En la antigua Grecia, se reconocía que había que pasar una hoja nueva, intacta, en el libro de la vida. Sin embargo, esto sólo puede ocurrir si no todo lo viejo, «hiriente e hiriente» sigue siendo una carga. Por ello, el «olvido general» -la amnistía- fue prescrito por la ley. La violación o el incumplimiento de esta ley se castigaba con la pena de muerte o la exclusión equivalente de la sociedad (proscrito = era abandonado a su suerte y declarado «fuera de la ley»), el más alto de todos los castigos. Por tanto, la amnistía puede considerarse una especie de olvido prescrito. Esto requiere de las personas un enorme coraje en términos de grandeza y tolerancia. A menudo no es fácil. Pero sólo a través de este dolor es posible un nuevo comienzo y una nueva vida compartida.

La fe cristiana se ve a sí misma como una religión de paz. Pero, ¿qué contradicción vemos y leemos en las noticias diarias?

Hoy es el segundo domingo de Adviento. En este día, los cristianos recuerdan en particular la redención profetizada de todo sufrimiento terrenal mediante la muerte sacrificial de Jesús en la cruz. En la Iglesia católica, la atención se centra en Juan el Bautista (Mateo 3:1-12). Juan anuncia a Jesús en un discurso profético y exige que se prepare el camino del Señor. Es una llamada al arrepentimiento y a un nuevo comienzo. No se habla de lucha ni de conquista, sino de una invitación al perdón y a la paz (duradera).

Toda paz comienza siempre a pequeña escala, en nuestro interior, independientemente de las circunstancias externas. Toda paz comienza o termina allí donde se cruzan los límites entre mi

prójimo y yo. Si estamos en desacuerdo en nuestro interior, esto suele reflejarse en nuestras palabras y acciones. Tarde o temprano, esta «guerra» interior desemboca en una disputa externa. Por eso es tan importante estar en paz con uno mismo, para «funcionar sin problemas». No puedo exigir a los demás lo que no estoy dispuesto a darme a mí mismo.

El paso esencial hacia la paz interior es el perdón. Sólo perdonando a los demás y a nosotros mismos se pueden superar las emociones negativas. Esto no significa que las acciones o incidentes estuvieran bien. A veces sólo un olvido prescrito ayuda aquí. Entonces queda claro a qué se refería Jesús cuando dijo: «Si alguien te golpea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra». Esto no es posible sin dolor. Es una lucha dura, pero puede hacerse si ambas partes tienen un interés sincero en ello. La paz comienza con pequeños pasos y gestos. Se necesita mucha empatía y creatividad para resolver conflictos, así como otros métodos no violentos. Es un largo proceso de aprendizaje y requiere madurez emocional, pero el viaje merece la pena.

